

"El silencio eterno de esos espacios infinitos me espanta"

PASCAL, Pensamientos.

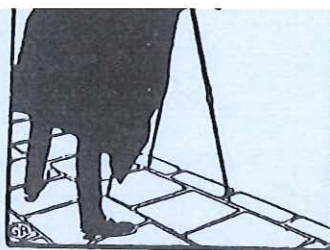
Me he quedado sólo, mi mujer subió a la granja vecina para encargar la leche de mañana. Enciendo la chimenea, abedules y abetos crepitan en la estufa mientras la casa se llena de color. Otoño en el hogar, otoño en las luces del bosque cercano, otoño en el lánguido atardecer, otoño en el recuerdo. Acercó una astilla al fuego, la enciendo y jugando con una llama incierta en su condición de esfímbolo la acerco a uno de los habanos que me trajeron del sur. Aspiro una bocanada de humo, retiro la hitola, me sirvo café en la cocina y me retiro al sillón de cuero de la estancia.

Revivo, entonces, un sueño que creí antaño imposible.

Cambiaré el tiempo, los verdes y rojizos pardos se agotarán en el blanco de la nieve y tendremos que bajar a la ciudad. Ya no habrán aquellas fugaces visiones de los alces, ni las visitas de los zorros con sus crías; ya no sabremos de los terneros de Magnus, ni de nuestra vaca proferida Róda, la roja, -la que pertenece a esa institución viviente: El "Campesino viejo", Paul. Pronto llegará el invierno y con él la tediosa vuelta a la monótona ciudad, a los paseos rápidos, a los cafés con leche en despersonalizadas cafeterías, a las copas de Aquavit mientras el vaho de las palabras se escarcha en las ventanas del Café del Teatro. Será el retorno a la oscura mecánica de los cuerpos pesados, del metro, tranvía y autobús...

Hace frío, lo siento como la gélida sensación que produce la fiebre cuando estamos enfermos, un cuchillo de hielo que penetra en los huesos. Sí, hace frío. Pronto volveremos a visitar, en un Oslo congelado, a las ardillas del Botánico, tras la visita -la tradicional visita- al museo Munch. Entonces, ya no quedará más que esperar a la primavera y los largos paseos por Hovedoya, -la isla que unos monjes cistercienses escogieron para poblar con flores antaño desconocidas. Sé que en el pequeño barco que me llevará allí, en el embarcadero y recorriendo los senderos de la isla recordaré las viejas palabras de Jünger y sus "avantilados de mármol" mientras espero que el deshielo me permita volver a esta casa que tanto amo. A sus libros, a los pequeños objetos que pueblan de recuerdos, ya casi olvidados, los estantes de la Biblioteca, al descuidado orden de una casa de campo.

Voy a la cocina, me sirvo una copa de Brandy y otro café. Vuelvo a mi estudio, a mi mesa, a mi silla, a mi estilográfica, a los escaaldas -esos malditos poetas cortesanos escandinavos, medievales y escandinavos-, a la Jómavíkinga saga.



Apago la luz de la sala, enciendo el flexo, a mi izquierda la ventana, el bosque, la luna, la fría serenidad del otoño. Al fondo, frente a mí, el fuego de la estufa reducido a resacoldos, a mi derecha el vacío, el abismo que describe la oscuridad en el límite de la mesa. Detrás, una fotografía de Robert Frank con Mingus subiendo unas escaleras del metro, de alguna sucia ciudad norteamericana, con su contrabajo a cuestas. En el suelo una alfombra lapona sobre el amarillo de la madera y en el techo la sola presencia de un blanco perplejo.

Voy a, o mejor... Quiero abandonarme en una difícil traducción del período "norrón", pero creo sentir una presencia que me pone a la expectativa de alguna perturbación. Un leve roce, un ligero crujido de la madera, un lejano lamento en forma de llamada desde distintos puntos distantes en la noche y el fulgor de unos ojos que despiertan en algún rincón, entre las sillas. Es EL, Bamse, nuestro gato, cruce de la raza de los bosques. Su mirada inquisidora, su suave ronroneo y el canto nínfeo de su maullar me anuncian que son las nueve, la hora de su cena.

Vuelvo a la cocina, abro una lata y deposito, junto a su contenido vertido en el plato, un montón de croquetas de comida seca, y el inútil vaso de agua. El sólo bebe del grifo. Cierro la puerta que comunica la cocina con el zaguán, tras una fugaz visión del campo en la noche, y camino hacia la infernal traducción.

Mañana, pienso, toda la ciencia de los valles se encontrará desperdigada en nuestra mesa en forma de Rómme, Vafler y mermeladas de los pequeños frutos del bosque. Merendaremos en el jardín con nuestros invitados, hoy de visita en el Mjōsa, mientras cae la tarde. Y recordaremos, como siempre, mi mujer y yo los días felices del verano en las montañas de Rondane y la bajada al valle de Gudbrandsdalen. Añoraremos el calor del sol del verano e intentaremos olvidar aquel terrible encuentro en el lindero del bosque.

Ya sé que será imposible. Lo que vimos aquella tarde.. O quizá mejor, lo que no pudimos comprender, paralizados por aquella fría sensación de agustia, me fuerza, como nunca antes, a la escritura. Es como si reconociera en ella el camino de salvación y olvido. Escribo. Sí.

Oslo, 5 de febrero de 1987

José María Izquierdo

Esta noche en Snertingdalen se la dedico a mis tristales amigos Uberto, Jorge, Lorenzo, Alfons y Jose Luis.